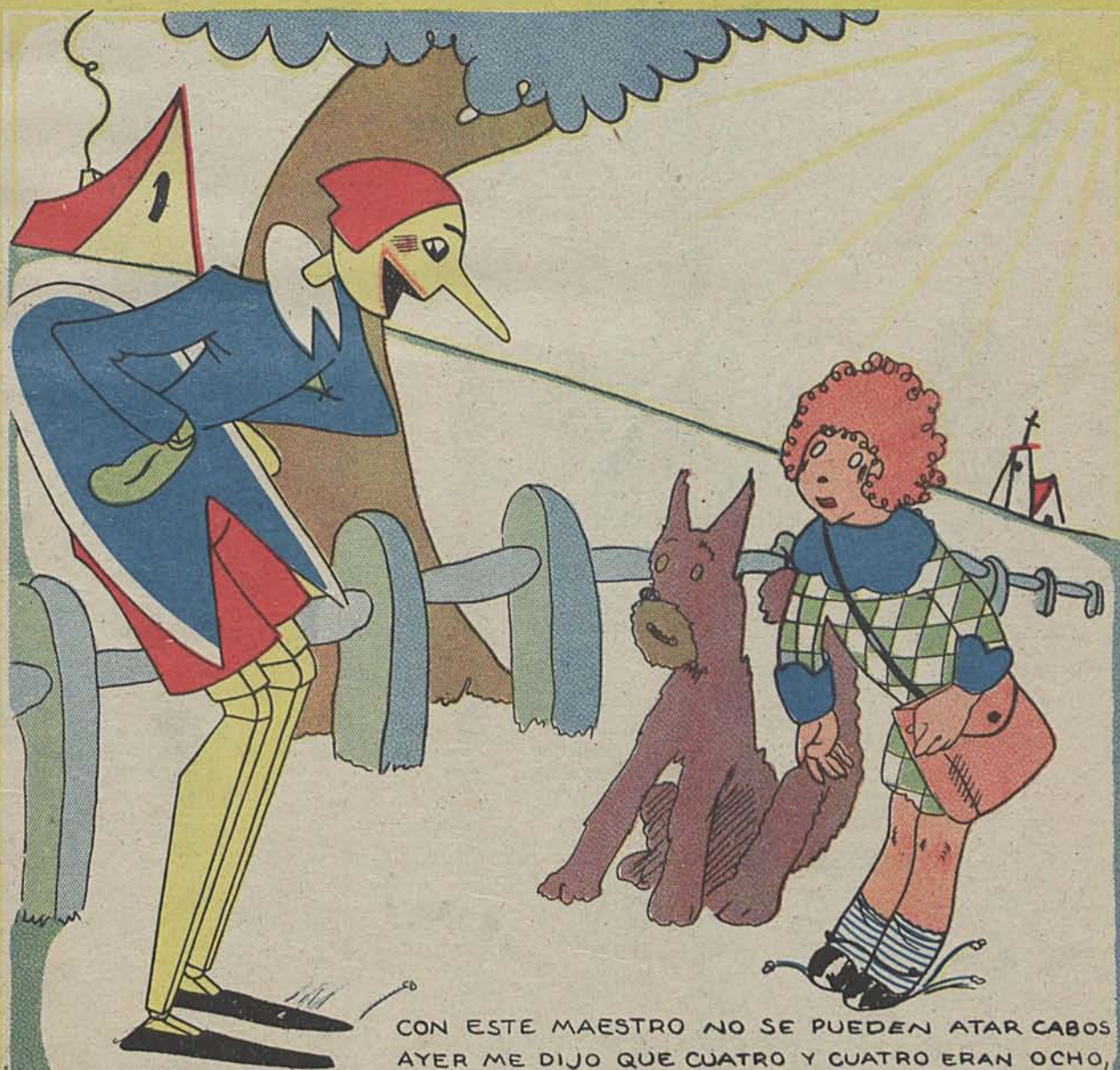


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 284

25 cts

27 JULIO
1930



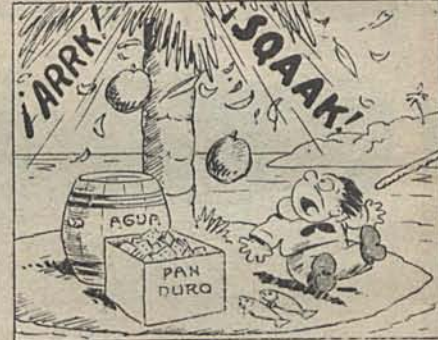
CON ESTE MAESTRO NO SE PUEDEN ATAR CABOS
AYER ME DIJO QUE CUATRO Y CUATRO ERAN OCHO,
Y HOY, QUE OCHO SON TRES Y CINCO.

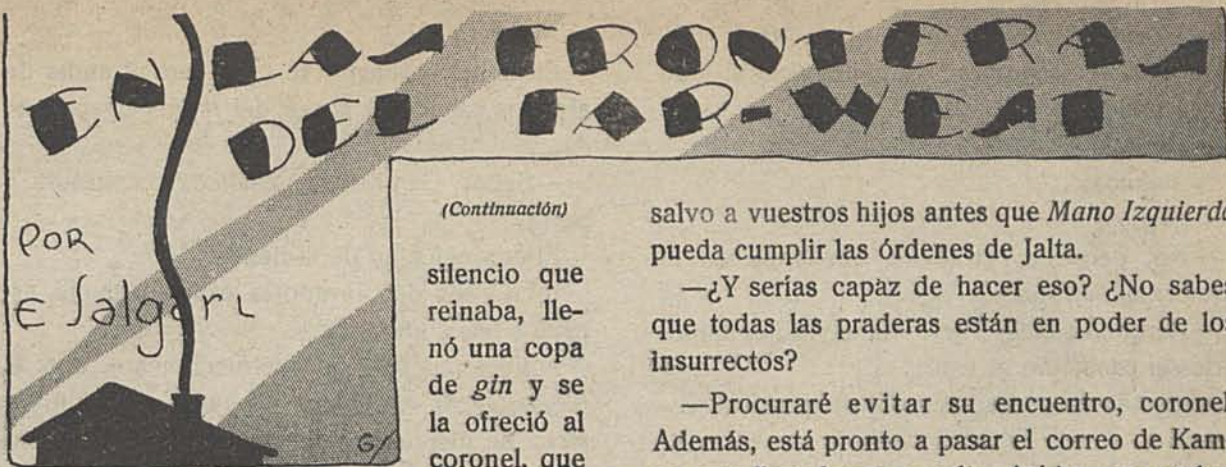
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





parecía anonadado, diciéndole:

—Bebed, ante todo, señor Devandel; y ya que los *sioux* nos dan un poco de tregua, discurremos. Yo no creo que haya motivo para alarmarse tanto; al contrario, me parece que hemos tenido suerte deteniendo en su camino y fusilando al *Pájaro de la Noche*. Vuestra factoría se encuentra en las orillas del Lago Salado, y para llegar a ella desde aquí se necesitan varias buenas jornadas.

—¿Y si ha pasado otro correo?—preguntó el coronel.

—Le hubiéramos visto.

—Puede haber tomado otro camino más largo, aunque más seguro. Tú sabes lo que corren estos indios cuando montan sus ligeros caballos.

—Eso es verdad, señor Devandel—dijo el *indian-agent*, algo preocupado.

—¡Mis hijos!—seguía diciendo el coronel—. ¡Ay de ellos si caen en manos de Jalta!

—Vos no podéis abandonar este puesto, que os ha sido confiado por el Gobierno. Eso sería abrir el camino a la hordas *sioux*.

—Y no lo abandonaré—respondió Devandel. —¡Pero es que no debo tampoco abandonar a mis hijos ante el peligro que les amenaza!—añadió, limpiando el frío sudor que inundaba su frente.

—Tenéis razón.

—¿Y qué me aconsejas?

—Que me mandéis a mí con algunos soldados a la hacienda de San Felipe para poner en

(Continuación)

silencio que reinaba, llenó una copa de *gin* y se la ofreció al coronel, que

salvo a vuestros hijos antes que *Mano Izquierda* pueda cumplir las órdenes de Jalta.

—¿Y serías capaz de hacer eso? ¿No sabes que todas las praderas están en poder de los insurrectos?

—Procuraré evitar su encuentro, coronel. Además, está pronto a pasar el correo de Kam-pa, que lleva buena escolta. Así iremos muchos reunidos, al menos hasta la orilla del Salado.

—¿Quiénes quieres que te acompañen?

—Harris y Jorge, los dos cazadores. Son valientes y leales y conocen a fondo todas las astucias de los *pieles rojas*. Además, poseen caballos tan ligeros como el mío.

—¿Aceptarán?

—Yendo conmigo, en seguida.

—Peligrará en la empresa vuestra cabellera.

—¡Sabremos defenderla! ¡Coronel, no perdamos tiempo! Ya que los *sioux* nos dan una tregua, aprovechémosla.

—¿Y esta muchacha?

—La llevaré conmigo. Si es la hija de cualquier jefe, aunque no sea de *Mano Izquierda*, me será muy útil como rehén, pues los *pieles rojas* no dejarán matar a una hija suya por cumplir ciertas condiciones. Voy a llamar a los cazadores para que ensillen sus caballos.

—¿Cómo te pagaré este favor, amigo mío?

—Dejándome salvar a vuestros hijos, coronel. Soy soldado, y debo obedeceros.

El gigante tomó una silla monumental, su rifle y un par de pistolas, que colocó al lado del *bowie-knife*, y en seguida salió corriendo en tanto que el coronel despertaba a la india, diciéndola:

—¡Prepárate a marchar!

—¿Adónde?

—Te hago conducir al lado de *Mano Izquierda*.

—¡Si el *Pájaro de la Noche* ha muerto!
—Otros se encargarán de conducirte al lado de los *arrapahoes*.

—¿Indios?

—Blancos.

—¿Tú?

—No, pequeña; yo debo quedarme en la frontera de los *sioux*.

—Porque tú eres el jefe encargado de impedirles el paso; ¿no es eso?

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó el coronel.

—El *Pájaro de la Noche*.

—¿Me tienen miedo los *sioux*?

—Querrían que estuvieras muy lejos.

—Hablas como una mujer, y no como una niña. Minnehaha se encogió de hombros y miró al jefe con ojos feroces.

—¿Por qué me mandas lejos? Yo quisiera permanecer aquí, contigo.

—¿Por qué? ¿No te espera *Mano Izquierda*?

—Porque amo a los rostros pálidos, y porque el jefe de los *arrapahoes* puede esperarme mucho tiempo sin impacientarse.

—¿Eres su hija?

—¡No lo sé!

—¿Cómo te encuentras entre los *sioux*, si eres de los *arrapahoes*?

—¡No lo sé!

—¿Era tu hermano el *Pájaro de la Noche*?

La india respondió por tercera vez:

—¡No lo sé!

—¿No estabas antes con una mujer?

—Sí.

—¿Jalta, la hija del *sakem* Moha-ti-Assah?

—¡No sé cómo se llama!

—Alta, morena, con ojos de fuego...

—Me parece...

—¿Hablarás de una vez?—exclamó el coronel, con violencia.

—¡Yo no sé nada! ¡Soy demasiado joven!

—Dime, al menos, lo que hacen los *sioux*.

—Están sobre las armas: eso es lo que sé.

—Y desean unirse a los *chayennes* y *arrapahoes*; ¿no es cierto?

—¡No lo sé!

En aquel momento se oyó fuera el andar de algunos caballos y la voz del *indian-agent*, que decía:

—Señor Devandel, estamos dispuestos a partir.

El coronel salió de la tienda.

John y los dos cazadores estaban ya allí, armados hasta los dientes.

—Vuestras últimas instrucciones —dijo el *indian-agent*—. ¡Pronto, porque parece que los *sioux* se disponen a forzar el paso! ¡La noche va a ser mala para todos!

—¡Salva a mis hijos, y nada más!—respondió el coronel. —Si no puedes defender la factoría, déjasela a los indios, y vuelve pronto!

—Si no nos sorprende la muerte, aquí volveremos; ¿verdad, amigos?—dijo John, conmovido.

—¡Cuenta usted con nosotros, coronel!—respondieron los dos hermanos.

—¡Gracias, amigos! ¡Que Dios os proteja!

—¡Ah! ¿Y la india?—preguntó John.

—Te la envío ahora mismo.

El coronel dirigió a los tres un saludo de despedida, y entró en la tienda.

No había dado aún un paso, cuando sintió que le asaltaban por la espalda y que la hoja de un cuchillo penetraba en su cuerpo.

El dolor fué tan intenso que cayó al suelo sin pronunciar una sola palabra.

Minnehaha, la pequeña india, le había atacado con la feroz astucia de un jaguar, y le había hundido en las carnes un machete mejicano que había cogido poco antes de entre las armas que había en la tienda, murmurando:

—¡Ya tienen el paso abierto los *sioux*!

En seguida, dando un salto de pantera, se lanzó fuera y dijo:

—¿Dónde debo montar?

—A mi lado—dijo el *indian-agent* tomándola por un brazo y levantándola como una pluma.

En aquel momento retumbó una descarga en la garganta.

(Continuará en el próximo número.)



COLORÍN y su PANDILLA



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1931, by The Chicago Tribune

BRANNEN

En el país de los diamantes

(Continuación)

De qué medios se valió para llevar aquellas armas sin que nadie se diera cuenta de ello, eso es para nosotros un misterio.

Con toda seguridad debió haber sobornado a alguno de los guardianes. Nos repartimos las armas y esperamos ansiosamente el momento de la partida.

A eso de la media noche vimos que entraba la nieta del jefe. Se había envuelto en un manto largo de tela oscura y llevaba en la mano una pequeña carabina.

—¿Estáis ya preparados?—me preguntó.

—Sí—le contesté.

—¿Y tus amigos?

—Ellos también.

—Pues el momento es propicio—murmuró la joven—Todos duermen y tenemos el camino libre.

—¿Y los centinelas, no darán alarma?—pregunté.

—Todos duermen—me contestó ella con una sonrisa—no verán nada ni oirán nada tampoco.

—Entonces es que los has sobornado.

—Puede ser que sí—contestó—. Venid a prisa porque es necesario que antes que raye el alba estemos ya en el río.

Salimos todos con infinita cautela y con las armas en la mano temiendo a cada momento una brutal sorpresa.

Cualquier vigilante podía haber traicionado a la muchacha avisando al jefe que intentábamos fugarnos.

Por el contrario, ni en la aldea ni en la mina se oía un solo ruido, y no se veía ni un solo centinela.

Descendimos con prisa la montaña guiados por la intrépida joven y nos internamos en medio de espesos bosques de palmas y de *durion* marchando con toda la velocidad que nos era posible hacerlo.

Estábamos ya a una distancia de varias millas del punto de partida, cuando la joven me dijo deteniéndose:

—Nos persiguen: alguien me ha hecho traición.

—¿De dónde deduces tal cosa?—le pregunté—Yo ni he visto a nadie ni he oído rumor alguno.

—Sin embargo estoy segura de que no me engaño—contestó.

—Si el jefe nos alcanzase y lograse recuperarnos no te respetaría a ti tampoco ¿verdad?

La jovencilla en vez de contestarme me hizo señas de que le siguiese.

Se iba ocultando por entre matorrales muy espesos y aceleraba el paso. Me parecía que estaba embargada por una gran inquietud. Se volvía con mucha frecuencia, después se detenía para escuchar y de vez en cuando reanudaba la marcha en una veloz carrera.

Nosotros, por lo que pudiese ocurrir, llevábamos cargados nuestros fusiles prestos a repeler cualquier agresión.

Ya despuntaba el alba cuando logramos llegar de improviso ante la orilla del río en un lugar donde no se veían ni cabañas ni barcos.





Tenemos ahora que construir una balsa y lanzarnos en ella por el río hasta su desembocadura —dijo la muchacha—. Hacedla pronto porque estoy segura de que el jefe y sus hombres no andan lejos.

En la orilla crecían unos bosquecillos de bambúes gigantes. Como íbamos armados con los machetes llamados *bolos* en pocos minutos echamos varios a tierra y los entrelazamos con lianas formando así una buena balsa capaz para soporarnos a todos.

—¡Pronto, pronto!—dijo la muchacha—¡que vienen ya!

Apenas nos habíamos embarcado cuando vimos a varios hombres que se lanzaban hacia la orilla. Eran unos quince o veinte salvajes guiados por su jefe.

—¡Katy!—gritó éste último—. Trae a tierra a los hombres blancos o te mato!

La joven hizo un gesto negativo y se lanzó hacia mí con objeto de que yo la protegiera.

¡Era ya muy tarde! El jefe había disparado su fusil y la joven cayó a mis pies con el pecho atravesado por un balazo.

Mandé disparar una descarga y los salvajes viendo que poseíamos armas de fuego no esperaron otra nueva y huyeron desapareciendo en el bosque seguidos de su jefe.

Recogí a la joven para curarle su herida pero en seguida me apercibí de que todo cuanto hiciera sería inútil.

La vida se le escapaba rápidamente por la boca de la herida y la valerosa jovencita palidecía por instantes.

—Hombre blanco—me dijo con un sollozo—¡Yo me muero! Te comencé a amar desde el día primero en que te ví y soñaba con ser la feliz compañera de tu vida... pero el destino no lo ha querido... Adiós, hombre blanco... me muero... en mi cinturón... un recuerdo... tuyo... tuyo...

¿Qué quería decir? Estaba yo tan dolorido que al pronto no comprendí.

La pobrecilla

se moría teniendo sus ojos fijos en los míos y sus manos ceñidas a mis manos.

De pronto el brillo de sus ojos se empañó y la bella cabecita cayó pesada sobre mis brazos.

Katy había muerto.

Hice impulsar la balsa hacia la orilla opuesta a fin de darle sepultura y mandé cavar una fosa bastante profunda para que las fieras no devorasen su pobre cuerpo.

Únicamente en el momento en que iba a sepultarla fué cuando recordé sus últimas palabras.

—En mi cinturón... un recuerdo... tuyo, tuyo...

Le desaté el cinturón que ceñía al talle su camisa de seda y en él hallé el hermoso diamante que usted ha visto.

—¡Qué historia tan singular!—exclamé . ¿Y cómo logró usted salvarse al fin?

El holandés bebió otra vez un vaso lleno de vino del Rhin como si quisiera con él olvidar aquel triste recuerdo y después de una larga pausa prosiguió su relato.

—No nos fué tan fácil empresa el llegar hasta la desembocadura del río. Los salvajes que moran en sus orillas, probablemente azuzados por el jefe nos dieron caza durante mucho tiempo lanzándonos certeras flechas envenenadas y jabalinas.

Sin embargo, dos días después llegábamos felizmente a la desembocadura del río. Allí con grande alegría por nuestra parte hallamos un cañonero holandés.

Mi tripulación dirigió la goleta hacia el puerto de Bargiarmassing para dar parte a las autoridades marítimas y al cónsul, de nuestro rapto.

Aquella lancha cañonera había sido enviada en busca nuestra, bien para traernos sanos y salvos o bien para vengarnos y desde hacía tres semanas se hallaba anclada en la desembocadura del río, esperando la salida del junco que nos había cogido prisioneros. En seguida nos condujeron a Bargiarmassing donde al fin encontramos a nuestro barco, preparado ya para emprender la navegación.

Esta es la historia de mi diamante. Cuatro días después el holandés se marchaba de Malta y desde entonces no he vuelto a oír una palabra más de él ni de su diamante.

FIN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿NO HA PENSADO USTED NADA PARA
DIVERTIRNOS?

NADA, CURRINCHE. HOY
ME HE LEVANTADO EN UN PLAN
OSTRA QUE APISONA



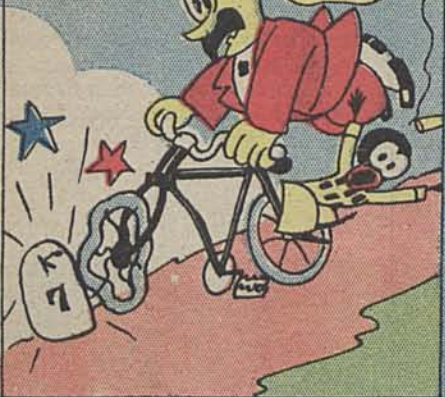
ESA MORRIÑA QUE TIENE USTED ES CO-
SA DE "LA CALOR" QUE HACE. SI AL-
QUILASEMOS UNA BICICLETA Y NOS
FUÉSEMOS A TOMAR EL FRESCO, VERÍA
COMO SE LE ALEGRA BA ESE CUERPO
SERRANO



¡NO CORRA TANTO, HOMBRE! QUE
TENDRÍA NARICES QUE ME DEJA-
SE CHATO CONTRA
UN MOJÓN DE
LA CARRETERA



ESTABA VIENDO QUE NOS DÁBAMOS
EL MORRÓN ¡HAY QUE VER LO CERO-
RRO QUE ES
UNO QUE YO CO-
NOZCO!

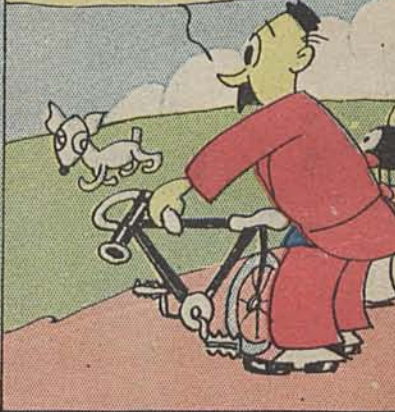


¡AHORA SI QUE LA HEMOS HECHO
BUENA! ¿CÓMO VAMOS A VOLVER
A CASA?

ME TENDRÁ QUE
LLEVAR A CUES-
TAS.

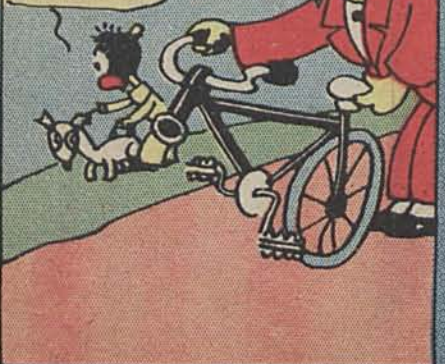


OYE, PERRITO. VEN AQUÍ, MONADA,
QUE TE VAMOS A REGALAR UN
HUESO DE POLLO A MEDIO MON-
DAR. ¡ANDA, ANÍMATE!

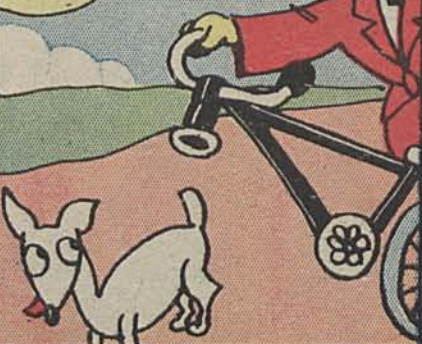


¡AVER SI LO CONVENCES, CURRINCHE

ANDA, RICO, VENITE
CON NOSOTROS Y TE
DAREMOS MUCHAS COSAS
BUENÍSIMAS



¡QUÉ REQUETERRESIPA-
TIQUÍSIMO ERES, PERRITO!
TE VOY A DAR UN HUESO
QUE TE VAS A PONER CO-
MO EL CHICO DEL ESQUI-
LADOR!



¡ANDA, VALIENTE! ¡CORRE, QUE
YA ES TUYO!



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**

¡VAYA A DORMIR YA, POR-
QUE TENGO UN SUEÑO
QUE NO VEO!

¡MIAU!

¡MIAU!

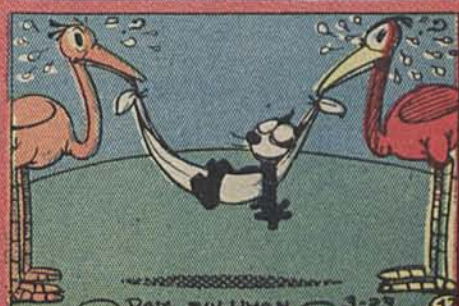
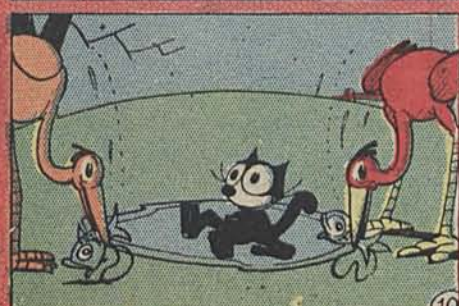
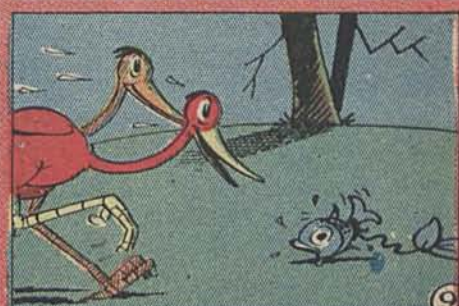
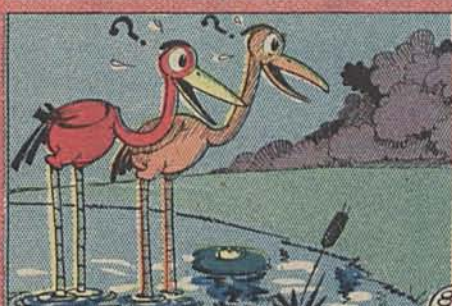
¡MALDITO GATO; NO
ME VA A DEJAR DOR-
MIR CON
SUS MAU-
LLIDOS!

¡MIAU!

¡QUÉ GUSTO; SE
HA QUEDADO EL
GATO FU-
ERA DE LA
CASA!

¡MIAU!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

LA CRUZ DE MADERA



RA la señora de Dutilleul hija de una noble familia que gozaba de muy buena posición. Al morir su marido se retiró a un castillo que poseía y se dedicó por completo a ejercer la caridad para con los pobres desgraciados. Ciertos asuntos urgentes reclamaron en una ocasión su presencia en la capital, y se detuvo en ella algunas semanas.

La víspera de su regreso salió a dar un pequeño paseo, y a la vuelta de él entró en la magnífica catedral de la ciudad para dar gracias a Dios por los inmensos favores que de Él recibía.

Iba ya a marcharse, cuando en una de las capillas laterales vió a una niña vestida de negro que, arrodillada en las gradas del altar, oraba con fervor, mientras que gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

Respetó la señora de Dutilleul el recogimiento de la niña, y, cuando ésta hubo acabado su plegaria, le preguntó con dulzura:

—¿Por qué estás tan triste, hija mía?

—¡Soy tan desgraciada!—respondió la niña—; hoy es el aniversario de la muerte de mi padre, y hace ocho días que Dios quiso llevarse a mi madre. No tengo a nadie que en este mundo me proteja, pues aun cuando aquí viven algunos parientes míos, éstos son pobres y no pueden hacer nada por mí; únicamente el señor Párroco es el que algunas veces me consuela.

—Grande es, en verdad, tu desgracia—dijo la señora de Dutilleul—, y desde ahora quiero aliviar tus penas; vamos a ver al señor Párroco, y, si éste y tú no tenéis inconveniente, desde hoy quedarás bajo mi tutela.

La pobre niña besó con efusión las manos de su espontánea protectora, y ambas salieron de la iglesia para encaminarse a casa del señor Párroco.

Era éste un venerable anciano que, por su virtud y celo apostólico, se había hecho querer de todos sus feligreses.

Al enterarse por la señora de Dutilleul del objeto de su visita, no pudo menos de expresar una gran alegría. La dijo que su obra sería muy meritoria a los ojos de Dios, y luego, dirigiéndose a Sofia, continuó:

—Ya ves, querida Sofia, que esta señora desea ser tu segunda madre; procura tú ser con ella una hija sumisa y obediente, y Dios haga que desde ahora se deslice tu vida de un modo tranquilo y sosegado.

Al día siguiente Sofia y su protectora salieron de la ciudad y se dirigieron al castillo, adonde llegaron de noche.

Después de cenar la niña en compañía de su segunda madre, ésta la besó con ternura y la condujo al cuarto que le tenía preparado.

Sofia elevó al Cielo una pequeña plegaria en acción de gracias, y como estaba muy fatigada por tantas y tan variadas emociones como había sufrido su alma en poco tiempo, no tardó en dormirse profundamente.

Cuando amaneció, levantóse Sofia para ayudar en los quehaceres de la casa, y al abrir la ventana se quedó entusiasmada contemplando el hermoso jardín que rodeaba el castillo.

A los pocos días de su llegada quiso la señora de Dutilleul que Sofia, a quien cada vez quería más, fuese a la escuela para aprender lo que ignoraba.

Después de sus estudios ayudaba la niña a la cocinera, y en los ratos libres hacía compañía a su protectora quien la contaba multitud de cuentos.

Cuatro meses habían transcurrido desde que Sofia estaba instalada en su nueva vivienda, cuando un día quiso Dios que la señora de Dutilleul cayese gravemente enferma. Desde entonces no se apartó Sofia un momento de su lado.

Al tercer día de enfermedad llamó la paciente a Sofia y le dijo:

—Siento, hija mía, que la vida se me acaba; pero no te aflijas, pues Dios, que me dió el ser, es quien me lo quita, y hay que aceptar gustosos sus designios; como siempre te has portado conmigo como una verdadera hija, quiero recompensar tu cariño, y al efecto te dejo en mi testamento un importante legado.

No pudo hablar más, se abrazó estrechamente a un crucifijo de madera que en sus manos tenía, lo besó con fervor y poco después entregó su alma a Dios.





Sofía lloró amargamente la muerte de su bondadosa bienhechora y rogó con fervor por el descanso eterno de su alma.

Cuando pasó el novenario del fallecimiento de la señora de Dutilleul, se reunieron todos los herederos y se procedió a abrir el testamento.

En él dejaba la difunta un legado de diez mil duros para Sofía y la autorizaba para que, como recuerdo suyo, eligiese entre sus joyas la que más le agradase.

Los herederos protestaron de semejante disposición; pero el señor Buisson, que era el pariente más directo, dijo:

—Hay que respetar el recuerdo de la difunta: querida Sofía, elige lo que quieras.

Grande fué el asombro y entusiasmo de todos al ver que Sofía no eligió más que la tosca cruz de madera que al morir tuvo su protectora entre las manos.

Poco tiempo después se casó Sofía con el hijo del jardinero del castillo; era aquél un joven muy honrado y trabajador.

Sofía y Guillermo, que éste era el nombre de su marido, fueron muy felices al principio de su matrimonio; pero a los tres años tuvieron la tristeza de ver morir al viejo jardinero.

Un año más tarde Guillermo se cayó de un árbol, con tan mala suerte, que se rompió un brazo, y tuvo que abandonar su destino.

Los nuevos dueños del castillo, que eran muy avaros, sólo señalaron a Guillermo una pequeñísima pensión y un poco de madera y trigo.

Entonces pensaron comprar una casita para instalar en ella un comercio; pero como la enfermedad de Guillermo produjo grandes gastos, quisieron hacer uso del dote de Sofía, que estaba depositado en casa de un banquero.

Éste se negó a ello, alegando que no tenía obligación de dar nada hasta pasado un año.



En tal apuro, Sofía y Guillermo tuvieron que pedir dinero prestado a un rico propietario, quien lo adelantó mediante el pago anual de cierto interés.

A poco de esto hizo quiebra la casa en que Sofía tenía su dinero.

El joven matrimonio se vió entonces acosado por el propietario que les hizo el adelanto, y como no tenían con qué responder de su deuda, fueron condenados a vender su

casita en el plazo de tres días.

La víspera del día prefijado para la venta se retiró Sofía a su cuarto, y, cogiendo de un armario la cruz que heredó de su bienhechora, se postró de rodillas y se puso a rezar.

Al terminar la plegaria, iba ya a guardar la cruz, cuando notó que de ella se desprendía un pequeño pedazo de madera, y, al mirar si estaba rota, vió con extrañeza que de su interior salían vivos reflejos; la examinó con más detenimiento y encontró en su reverso unos pequeños resortes hábilmente disimulados, que pudo abrirlos fácilmente, y, ¡cuál no sería su asombro al ver que la cruz de madera encerraba otra de brillantes de incalculable valor!

Sofía puso inmediatamente el hallazgo en conocimiento de su marido, y ambos esposos se dirigieron a la casa del señor cura párroco; éste, después de ver la cruz, hizo que avisaran a un platero muy amigo suyo.

El artífice quedó asombrado ante la obra de arte y pagó en el acto por ella una gruesa suma.

Cuando se enteraron de lo sucedido los parientes de la señora de Dutilleul, quisieron denunciar a Sofía; pero el señor Buisson les dijo:

—Dejaos de lamentaciones tontas, pues nada podéis hacer en contra de Sofía, ésta pudo escoger la joya de más valor, y, aun en el caso de que hubiera sabido el tesoro que encerraba la cruz de madera, estaba en su perfecto derecho al quedarse con ella.

Los descontentos comprendieron la razón de estas palabras y tuvieron que resignarse, mal de su grado.

Con verdad dijo Dios que todo aquel que se humilla será ensalzado, y que el que se ensalza será humillado.





¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—¿Has leído, curiosísimo Chonón, la noticia que nos viene de Nueva Zelanda?

—No he leído absolutamente nada, mi sabio buho. ¿De qué se trata?

—De un impresionante hallazgo a la orilla del mar.

—¿Restos de algún naufragio? ¿Alguna botella conteniendo un papelito con la despedida de un naufrago?

—Nada de eso. El hallazgo es de mucho más bulto. Como que se trata nada menos que de ciento cincuenta descomunales ballenas.

—No hay que decir que las ciento cincuenta estarán muertas.

—En el momento de su hallazgo aún estaban todas vivas, pero la muerte de todas ellas ha sido cosa inevitable. En cuanto una ballena, o en general, cualquier cetáceo de grandes proporciones se embarranca, no hay salvación posible.

—Una duda me asalta, querido buho.

—Vamos a ver.

—¿Las ballenas no necesitan para respirar salirse del agua?

—Es cierto. Este descomunal mamífero puede permanecer bajo las aguas durante periodos de tiempo de más de quince minutos pero, en cuanto sobrepasa mucho este tiempo, han de salir a respirar al aire libre porque si no morirían asfixiadas. La respiración del aire la hacen normalmente efectuando una larga aspiración cada dos minutos y espirando con la misma frecuencia un chorro de aire que, por salir caliente, se convierte en vapor. No es, por tanto, un surtidor de agua, como aparece pintado en muchas estampas.

—¿Cómo se explica entonces que se asfixien estando fuera del agua? ¿No te parece más natural la muerte de estos animales en circunstancias de faltarles el aire que necesitan para su vida?

—Así parece a primera vista, pero, cosa extraña, fuera del agua estos cetáceos mueren en seguida, sin duda a causa de las graves perturbaciones que se producen en su respiración. La presión que exteriormente ejerce el agua sobre su voluminoso cuerpo, debe de ser, sin duda, uno de los factores indispensables para su vida. También el hombre respira el aire de la atmósfera y, sin embargo, si se eleva a altas regiones del espacio, en que la presión es muy distinta a la de la superficie terrestre, su muerte es segura.

—Es decir que si nos elevásemos en un globo a una altura considerable ¿nos moriríamos?

Sin la menor duda, curiosísimo Chonón. La diferencia de presión entre el interior de nuestros cuerpos y el medio ambiente, determinaría la salida de la sangre por oídos, boca y nariz, y sucumbiríamos irremisiblemente. Lo propio debe de ocurrirle a una ballena que cambia la presión del agua por la del aire.

—Te comprendo perfectísimamente. ¿Quieres decirme ahora por qué estos enormes monstruos se ven arrojados de su elemento marino?

—La explicación es sencilla. Viven frecuentemente en bandadas muy numerosas y navegan por el mar preocupadas solamente en sus juegos a los que se dedican con gran afición y entusiasmo. Distráidas en estos juegos olvidan todos los peligros, y, sin darse cuenta, se acercan a veces a la orilla del mar más de lo conveniente, viéndose a lo mejor empujadas por un violento golpe de agua que las saca hasta la misma playa, de donde una vez embarrancadas, no hay quien las mueva.

—¿Y no puede ser que otro golpe de mar las vuelva otra vez a su elemento?

—No me gusta que discurras así, querido Chonón. El mar da sus impetuosos golpes de dentro a fuera, pero no al revés.

—Tienes razón.

—El espectáculo que ofrecen los cetáceos en el momento de verse en seco es realmente imponente. Todos se agitan con violencia inusitada, dan saltos, zarandean su cola con fuerza, despiden potentes chorros de vapor y pierden la vida entre convulsiones que son peligrosísimas para el que en tales momentos se aventure a la imprudencia de acercarse a ellas.

—¿Y no es peligrosa para la salud pública la descomposición de la carne de tan enormes monstruos?

—Lo sería si la descomposición tuviese lugar. Pero afortunadamente el hallazgo de ballenas moribundas constituye una gran fuente de ingresos para los que tienen la suerte de descubrirlas. O mejor dicho para los que explotan la industria ballenera. Una ballena es un almacén al por mayor, de carne, que es un excelente alimento; de estearina, que proporciona cera superior para el alumbrado; de piel, que curtida convenientemente sirve para la fabricación de delicados artículos de lujo; de grasa, que se conserva como excelente alimento; de aceite, de ambar gris, de huesos como el marfil, de cartilagos flexibles y resistentes, de sebos para fabricar jabones, de multitud de sustancias, en fin, todas aprovechables y todas de seguro y sano rendimiento. En una ballena se aprovecha absolutamente todo.

—Entonces el hallazgo de Nueva Zelanda...

—Es un magnífico hallazgo, Chononcito. Si todas han ido a parar a unas solas manos el hallazgo ha sido el de una verdadera fortuna.

—¿Y estas ballenas que arroja el mar de quién son, amigo buho?

—Del primero que llega a registrar su propiedad. Si este requisito no se cumple, se consideran como bienes comunes y disfrutan de sus ganancias los poblados en cuyas playas tiene ocasión el hallazgo.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Posada
Antonio Carreño



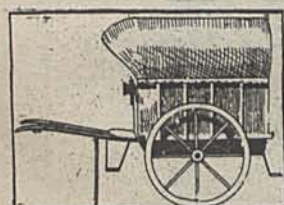
Una mora
Blanco Orcazarán



Mi muñeco
Maruja García



La casa de campo
Antonia García



Mi tartana
Alejandro Chavarria



Linares Rivas
R. Torres



Xaudaró
Anita López



Los Reyes Magos.—Carlos Bello



Currínche
R. Moreno



Pirula en el campo
Lolita Villalvilla



Un galgo.—Manuel Castro



Casitas.—R. Cuartero



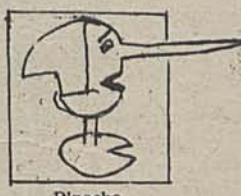
Cabeza
Juan Vicent



Pinocho.—Aurora Ortiz



Don Turu y Currínche
Alfredo González



Pinocho
Matildita Vázquez



Don Turu
J. Ogando



Mi tío
Amparo Linares



Escudo.—Luisa Vicent



Tin
Carmen Serena



Alegre.—Blanco Orcazarán



Casa.—Enrique Daudel



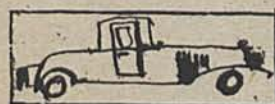
Paisaje manchego.—A. García



El buque fantasma
Rafael R. Amérigo



Soldado romano
Santiago Rodríguez



Mi auto.—José Gispert



Chonón
Alfonso Soto



El barco de Pinocho
Alfonso Soto



El jardín de mi casa
Encarnación de la Fuente



Escena con Laura
Jesús Varela

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LAS DOS FOCAS

Sin duda creeréis que quien ha amaestrado a esos dos formidables cocodrilos ha sido el payaso, que con un látigo en la mano, véis en el dibujo.

¡Pues, no, señor!

Estáis equivocados de medio a medio.

Completamente equivocados.

Equivocadísimos.

Quienes han pasado innumerables desvelos y continuos malos ratos para conseguir amaestrar a los tales cocodrilos han sido las dos focas que véis en el dibujo...

Pero ¿qué decís?

¿Que no las véis?

Pues a buscarlas sin pérdida de momento que la diligencia es siempre encomiable.

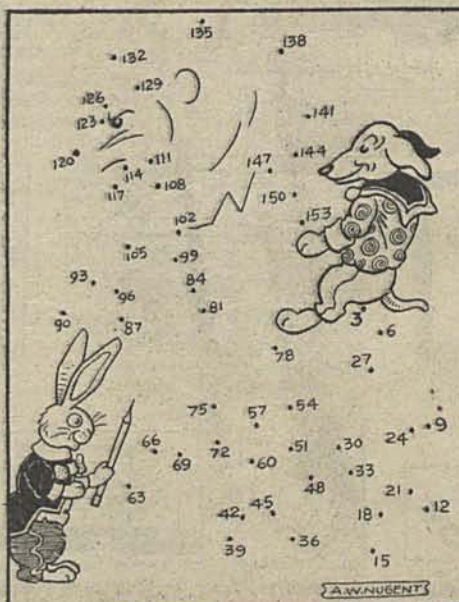


LAS CADENAS



Se trata de unir por medio de cadenas a cada animal con el letrero respectivo, pero teniendo un gran cuidado en que estas cadenas no se crucen ni se unan.

EL TRES



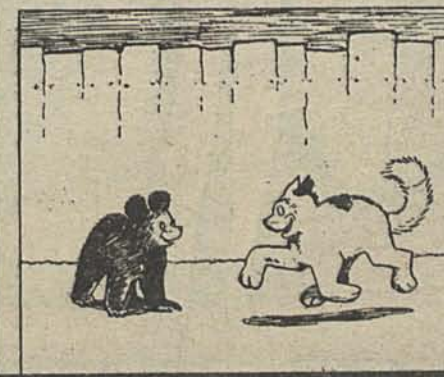
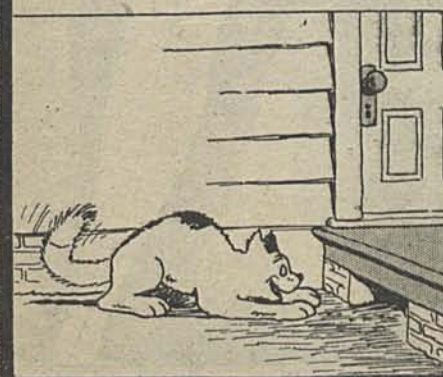
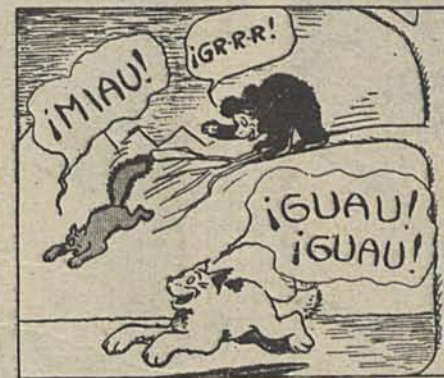
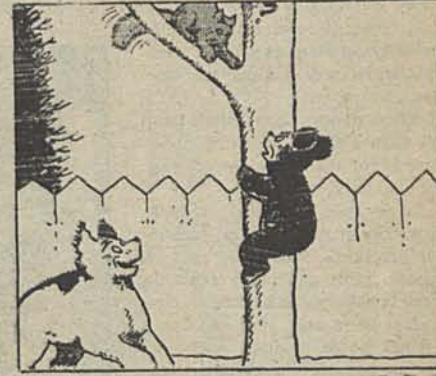
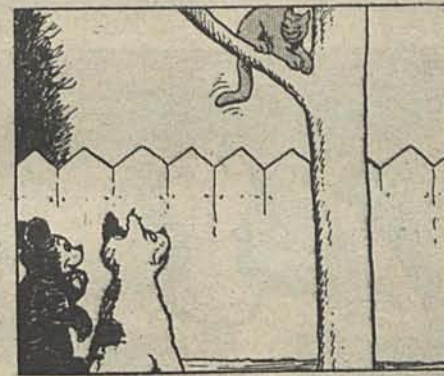
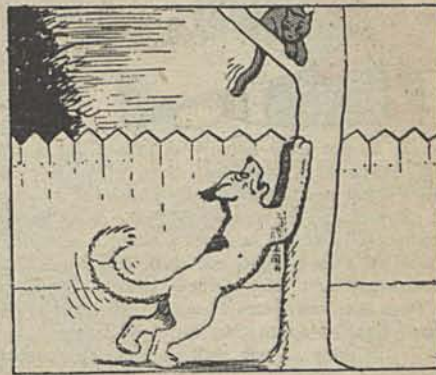
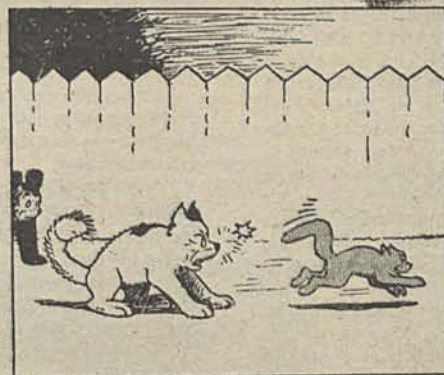
¿Dónde está subido ese perro?

Lo sabréis si unís con líneas los números comenzando por el número tres.

Del tres se pasa al seis, del seis al nueve, del nueve al doce, y así sucesivamente, añadiendo, siempre, tres unidades al último número.

ANITA

BUEN-CORAZON



Sección Pirula

PIRULA DECORADORA

EN LA CASITA DE CAMPO



Es encantadora la casita de campo que ha comprado papá; ya sé que es chiquitina, pero eso es una ventaja puesto que, según asegura un proverbio latino (y ¿cómo va a equi-

vocarse un proverbio latino?) «a casa pequeña dicha grande»; además es clara, es risueña y, sobre todo, tiene lo principal, que es la alegría de que en ella es donde pasáis estos benditos meses de vacaciones.

(Os juro que no he querido ofenderos, al hablar de la bendición de las vacaciones; ya sé que os gusta a rabiar ir al «cole» y estudiar; pero se me figura a mí, no sé por qué, que «también» os gustan las vacaciones, y que os gustan «casi» tanto como el trabajo ¿no es verdad?)

Pues bien, con tantos encantos como tiene la nueva casita de campo, su interior resulta un poco soso, monótono, vulgar.

Ya, ya estoy en que realizáis con todo apremio labores preciosas; de cortinas, pantallas, almohadones, tapetes, para adornarla; algunas de esas labores las conozco ya ¿no? otras, ya iremos haciéndolas juntas; pero lo primero consiste en suprimir esa uniformidad blanca de las paredes o sea en pintar, en color, las puertas, ventanas, zócalos, etc...

¡Claro que no me necesitáis para ello! Pero ¿y para la elección del color? Mejor dicho, de los colores, pues todo no va a ser igual.

No por Dios, esa salita, de azul, no; puesto que el azul es vuestro color predilecto, reservadlo para el comedor. ¿Por qué? Muy sencillo; porque la salita es la habitación menos clara de la casa, y el azul es un color que no da claridad, más bien quita un poco, y por lo tanto solo deben pintarse de azul las habitaciones que están inundadas de luz.

La salita la pintaréis de amarillo que da siempre un aspecto soleado, mientras que el comedor, tan lleno de sol, estará muy bien de azul.

El cuarto de papá y mamá será gris; rosa, el vuestro.

Pero ¿sabéis cuál es una de las partes más importantes de la casa, o sea de las que más conviene pintar? Pues es la barandilla de la escalera que conduce de la planta baja al piso primero... y único.

Pintadla de naranja si acaso con algún toquecito violeta y todo el interior de la casa aparecerá así doblemente alegre. Y si las paredes están pintadas en el mismo color, entonces resultará alegre «triplemente».

CUADROS ESCOCESSES

¿Sabéis que este año se llevan mucho los cuadros escoceses? ¿Sí? Pero a que no sabéis cuál es el medio mejor que tenéis a mano para seguir esta moda?

¡Ah, no! comprar o encargar un traje de tela escocesa, no; eso está al alcance de cualquiera y es indigno de una buena Pirulinda.

Si acaso, podéis comprar algún trozo de tela escocesa, o aprovechar alguno que haya en casa, para combinarlo con tela lisa, como podéis ver en el adjunto figurín.

Pero hay una manera mucho más original de poneros a la moda de lo escocés, de obtener cuadros escoceses; consiste en fabricarlos vosotras mismas y en «escocear» cualquier vestido corriente del año pasado.

Los fabricaréis con cintas, porque eso sí, estoy segura de que tenéis algunos trozos de cintas estrechas de diferentes colores.

Lo más acertado consiste en combinar tres colores que pueden ser: rojo, verde y amarillo, pues en esta clase de dibujos no importa ni es de mal gusto que los tonos sean algo chillones, sobre todo si el fondo es oscuro, negro, azul marino o marrón.

Sobre una tela blanca, la más bonita de las combinaciones escocesas es la del negro o marino y rojo.

En el adjunto figurín, que he creado para vosotras, el adorno de cintas forma una cenefa en la falda, cubre la tira de tela lisa que sirve de cinturón, figura dos anchos bolsillos cuadrados en la chaquetita corta, abierta, suelta y sin forro, y se reproduce en el sombrero de paja amarilla que, de este modo, hace juego con el vestido.

Con que, ya lo sabéis, Pirulindas: ¡a hacer cuadros!

Se pueden hacer cuadros sin pintar, como acabamos de ver... y se puede pintar sin hacer cuadros, como lo vamos a ver ahora mismo.

